





7805

LOS CAUCASOS DE TOLSTOI

por Miguel Laborde

En tiempos de Tolstói -1851- los ejércitos del Zar ya eran dueños del sur hasta el Mar Negro, las rutas al Medio Oriente y a Asia ya estaban abiertas. Sólo quedaba un problema: una tribu rebelde de montañeses en el Cáucaso: los chechenos.

Al pie de las cumbres, que se elevan más allá de los cinco mil metros, ellos eran dueños de los únicos pasos cordilleranos.

El joven Tolstói, cuyo abuelo había sido Comandante en Jefe de Catalina la Grande, creció escuchando historias sobre los triunfos rusos que habían logrado aquella extensión del imperio. Como su hermano mayor, decidió incorporarse.

Fuerte y vanidoso, consciente de su inteligencia, quería lucirse. Desde su casa en Yasnaya Polyana -que ahora muchos turistas visitan a 75 kilómetros al sur de Moscú- inició el camino.

Finalmente, más allá de las llanas estepas, comenzó a distinguir los primeros contrafuertes. Nunca olvidó el momento cuando por primera vez, y ya trastornado por la fresca fragancia de los bosques, vio las nevadas alturas del Cáucaso.

Pronto comenzó a escribir, con un estilo serio y majestuoso como el carácter de las montañas. Aprendió a amar a los chechenos indomables, y también a sus mujeres. Si las siervas rusas lo irritaban porque al ser pellizcadas eran capaces de sonreír sin misas a pesar de las lágrimas de dolor, estas chechenas, de porte altivo y lengua rápida, de risa abierta y celestial belleza, lo deslumbraron.

Los cosacos, empujados por los ejércitos del Zar, se habían radicado entre los chechenos, tomando sus hábitos y su cultura. Tolstói se enamoró de una cosaca, "de espléndidos miembros", y coqueteó con la idea de casarse y establecerse allí. Para vivir como ellos, sin desconcierto del alma, sin culpa ni convencionalismos.

Cinco años estuvo. No pudo quedarse. Pero la visión de las montañas lo hizo escritor. Todas sus primeras obras reproducen la vida del lugar. Incluso, décadas después, escribió una obra en homenaje a Shamil, el príncipe de los chechenos.

Su sueño, al regresar de la montaña, fue fundar una religión. Había visto desde las alturas que la civilización estaba enferma, y que los hombres no eran dignos de la majestuosa Creación. La pureza de la nieve del Cáucaso, el poder de sus ventiscas, la libertad con que caían los arroyos tormentosos, eran un mensaje de Dios: así debían ser los hombres, gigantes morales. Abrió escuelas para los campesinos rusos, y predicó.

Es cierto. Los biógrafos lo destroran por racista, clasista, machista, arrogante y mujeriego. El lo sabía y, en arrebatos de culpa, se sentía pecador. Pero hizo sonar a miles de señokores (incluyendo a la Colonia Tolsteiuna de San Bernardo, en Chile) con un mundo más fraterno y solidario, donde los esforzados campesinos rusos de las estepas, los altivos chechenos y cosacos, y todos y cada uno tuvieran un lugar.

Jamás olvidó el Cáucaso. Gracias a sus montañas, no fue un déspota ruso más. Hoy se puede llegar por Georgia, Armenia o Azerbaiján. En el lado ruso, están los chechenos, rebeldes para siempre.

10 DE DÍAZ
DE 1944

El momento (3-12.)



LOS BIÓGRAFOS LO DESTROZAN POR
RACISTA, CLASISTA, MACHISTA,
ARROGANTE Y
MUJERIEGO. EL LO SABÍA Y, EN
ARREBATOS DE
CULPA, SE SENTÍA PECADOR.

AVISO
DEL EDITOR 3

Los cáucacos de Tolstoi [artículo] Miguel Laborde.

Libros y documentos

AUTORÍA

Laborde, Miguel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los cáucacos de Tolstoi [artículo] Miguel Laborde. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile